

EDÉN

SantyTC

La Mata de la Cortina es una natural pradera que, con su ligera inclinación hacia el sudeste, descaradamente en plena cara al Sol le mira. Se halla más o menos a medio curso entre el pueblo de Las Salas y sus Praos Bajeros en el Camino de los Pozos. Equidista también entre el áureo astro y su amante argéntea, quienes diariamente se turnan en mirarse y admirarla en el mediodía del cenit infinito y en las claras noches del plenilunio. Esa mirada en que los dioses se embelesan confiere al lugar una condición mágica que lo hace indescriptible, pues es a la vez único y múltiple, circular y poliédrico, apacible y huraño. Se diría que la Matalacortina está siempre en movimiento, y, hasta hay quien aventura que o se trata del ojo parpadeante de la diosa Gea o que una dormida ninfa se esconde bajo ese manto verde, que periódicamente ella misma altera; o acaso de la hija de ambos amantes celestes se tratase. Y de ahí que su aspecto varíe con las estaciones del año e incluso con las horas del día. El contraste más acusado puedes experimentarlo entre principios de primavera y mediados de verano. Aunque algunas “matas” de roble están siempre presentes, lo que aparentemente más trueca su aspecto son los helechos que, desenroscados y crecidos, la convierten en un frondoso campo tan impenetrable que en verdad sembrado parece. Personalmente prefiero este nuestro Edén a principios de primavera, como pradera verde y lisa en que, desnuda, puedes revolcarte cual si sensual alfombra persa fuera.

Muchos porrazos dio en la Doctrina don Miguel, pero pocas veces por lo de ¿cuántos dioses hay? -uno sólo verdadero ¿y personas? -tres distintas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y es que el misterio de la Trinidad nunca fue tal para los niños de Las Salas, pues cada día veíamos que Peña las Pintas hay una sola y verdadera, y picos tres distintos, el de Salamón, el de Las Salas y el del desaparecido Huelde. De igual forma, teníamos claro lo del Paraíso Terrenal gracias a La Matalacortina. Princesa astral, diosa griega o ninfa céltica del Astura, alfombra mesopotámica, remanso de paz de árboles cercado, vergel inmerso en la fragancia y colorido de su verde y de sus flores, oasis rodeado de musicales y saltarinas aguas, y jardín repleto de ruisseños y jilgueros cantaores, la Matalacortina era para los nativos el lugar ideal de solaz, de descanso, de libertad; y además, sin regarla, sin ararla, sin sembrarla, daba los manjares más suculentos que los dioses soñar pudieran: las dulces cilingreñas y a veces hasta alguna delicada pata de ajo.

El primero de los trabajos, que a partir de los 4 años a un niño le llovía al despuntar la primavera, consistía en ir a cuidar los corderines. Tenía yo la suerte de cuidarlos por partida doble, para mi propia casa y para la de mi tío Gerardo. Nos correspondía ir con los corderos por parejas de vecinos, por lo que me solía tocar o con tía Dominica (y más regularmente años después con Julito) o con Vidal, por más que hubiera preferido a Marichús, a Yayi o a Rosita. Mas no me quejo, pues tal compañía me otorgaba los sabios consejos de la primera y del segundo amenas cabalgadas en su burro y un tratamiento especial nada estresante en el mensual trasquile de aquellas manos más ligeras que los pies de Aquiles. También de vez en cuando me tocó ir con Benitín o con Enrique o con Marino, pues Maribel era puro ensueño a mí prohibido. Como motril de tío Gerardo, la labor producíame pingües rentas no sólo por la peseta rubia contante y sonante (como 20 días de ayudar a misa y además sin porrazos) y la morrala que incluía entre otras cosas hasta dos pastillas de chocolate y los golosos caramelos de La Cantera, sino también porque me daba la oportunidad de subir en la jerarquía infantil con la compañía de los que pronto serían jefes indiscutibles del cotarro: Pepe el de tía Hermelinda y Pedro el de Angeles. Por supuesto que también fui con Esteban e incluso con

Serafin, pero cuando iban Toñina o Laurita, y al ser yo el benjamín, misteriosamente Carlitos o mis hermanas su preferencia anteponían.

La becerera de los corderos empezaba pastando por la vecina Siana, bien a la vista del pueblo, aunque demasiado cerca de aquellos Peñones Negros que en ocasión inolvidable matarme pretendieron como atestiguar pueden Carlitos y Olivina. La becerita mansa se alejaba días más tarde Cuesta arriba hacia La Pandiella donde ya de la vista de los mayores podías ocultarte. Si llovía, nos quedábamos en coritos y, guardada la ropa en cualquier cuevina o en el hueco un roble, corríamos para entrar en calor, y al volver a casa al caer la tarde lo hacíamos milagrosamente secos ¿te acuerdas, Cheina? Pero no nos sentíamos completamente libres hasta que el rebañito se trasladaba a La Matalacortina. Armados de aquel pico a navaja reafilado y de una piedra cuidadosamente seleccionada, rebuscábamos con esmero aquellas hierbas surcadas de raya blanca que anunciaban esas albas mini-cebolluelas de menos de un centímetro de diámetro que, a dedo limpias de arena y tierra, no sólo sabían divinamente sino que apaciguaban los retortijones de tripas que contra el hambre de posguerra protestaban. Aquellos mini-bulbos, ¡oh caras cilingreñas!, fueron las pipas de la prehistoria. Mas, en vez de cascarlas al diente, arrancábamoslas a mano hiriente. Mientras tanto, los corderos pastaban a su aire sin necesitar mayor cuidado que el del mi querido Sultán negruzco, quien ahuyentaba cualquier alimaña que en aquel Edén entrar osara a dar un susto. Y si la sed presencia hacía, a una y otra parte de aquel vergel discurrían por sendas vallinas dos regueros saltarines que no serían el Tigris y el Eufrates, pero que sin duda les ganaban en musicalidad y en pureza. En cuanto a la arboleda, tanto matas como robles nos ofrecían gallarotas y frailes para lúdicamente entrenarnos a jugar al guá; o al pozo que decíamos en la escuela. Cuando el hambre atosigaba, sabrosísimos verdiajos las ninfeas cerezales derramaban; y si había zarzas o espinos eran de los del eje del bien, es decir, de los de moras, cirulines, garamitos y majuetos, que aún fruta no ofrecían pero nos mostraban la promesa de sus flores, para competir con el colorido aroma de lilas y campanones; y que además nos regalaban aquellos firmes y enhiestos tallos, que, en lo sabrosos, nada tenían que envidiar a ayucos, quesines e incluso a esas otras hierbas agridulces de la era en pleno mayo. No faltaba, por supuesto, el manzanal de la ciencia del bien y del mal, pero bien sabíamos que era montisco y que sus manzanas no había quien las comiera de agrias o podridas que estar debían, lo que casi caer nos hacía en bíblica herejía; pues para nosotros o lo de Eva era un timo o debía ser una señoritiña de ciudad que de manzanas ni idea tenía. En ese mismo sentido, lo de Adán y Eva en coritos y juntitos tampoco lo teníamos muy claro, pues lo de correr en cueros parecíanos natural, mas la prohibición donmiguelina, o sea divina, de la mezcla de sexos, nos impedía casi ni barruntar a Eva sin sayal y mucho mucho menos junto a Adán. Si bien, es cierto que la ausencia de ella suplíamosla con nuestra rica imaginación como bien mostraba el Haya El Letrero que a poco de allí estaba por Donde-cruza-el-agua-el-camino, a navaja bien grabada. Bien sabéis que en Las Salas sierpes siempre haber las hubo, por lo que no era extraño que alguna que otra apareciera en nuestro particular Edén. Sin embargo, si alguna desdichada al manzanal trepara, creo recordar que, antes de que hablar lograra, pico o piedra la callara.

Además de esas escenas pastoriles de baladas de corderos mansos, fue la Matalacortina lugar relacionado con nuestros poéticos gochos, ya que tras llenar de gamones el saco en la vecina Granda, tras de echarlo a rodar a la Vallina y tras a puro guevo subirlo exhaustos a la explanada, de suave almohada hacía el saco en aquel locus amoenus paradisiaco que ni el mismísimo Gonzalo de Berceo llegó a soñar. Así pues, gracias al gocho, era aquel solaz el rito mágico que convertía la cuesta arriba en cuesta abajo.

E aún de más, fue La Matalacortina el centro por antonomasia del espectáculo, un auténtico coliseo mayestático, aunque sin felinas fieras o gladiadores lunáticos. Era nuestra natural plaza de toros; o mejor dicho, de vacas; que el toro, de Cupido en el toril prisionero estaba y en su cárcel de amor su ímpetu rumiaba, que eso de la guerra le asqueaba. No es de extrañar que en tal tradición de paz y de mesura aparezca en la Portada del Escubiello esa masiva manifestación contra la usura de Bush y de Aznar por el petróleo o el poder o todo ello. Y es que cada año, acabado el invierno, comenzaba la beceras de las vacas que a pastar iban diariamente hasta los Pozos. El primer día, sin embargo, no las llevábamos simplemente al Serradero o Allálante donde empieza el camino de subida, sino hasta la mismísima Matalacortina, para que en medio de tan majestuoso foro y ante la expectación de aquel gentío de tan variado sexo, edad y credo, las vacas se enfrentaran y pelearan noble e incruentamente para decidir una jerarquía democrática para todo el año, basada no tanto en la fuerza cuanto en la maña, y que evitara en lo sucesivo cualquier guerra vacuna por el más apetitoso bocao de su particular petróleo verde o del trébol más fresco que aparecer pudiese. Baja la testuz, corvo el cuello, inyectados en fuego unos ojos fijos y ascendentes, ardiente el vapor a borbotones de presión escapado por los belfos, clavadas las cuatro patas a cual más firme en aquella tierra de succulento verde, gentiles pétalos y gráciles cilingreñas, de repente, con un fulgor, ambas vacas se arrancaban embistiendo con todo el pensamiento de su testa, con todo el tonelaje de su cuerpo, con toda la cerviz hinchada en fuerza, con toda la firmeza de sus patas, con todo el convencimiento de sus cuernos, con todo el coraje de su casta. Más duraba el largo minuto tenso de hacerse frente, que los rápidos segundos mutantes del choque mismo, pues, como en cualquier lucha individual o colectiva, tal vez más contara la batalla psicológica que la fuerza bruta. Y la suerte se repetía emocionante en aquel circo de valor pero de fiesta. Y se cruzaban entre familias las porfías, apuestas entre los zagales y deseos entre las dueñas, mientras subía el corazón en la victoria y se templaba la comprensión por retirada. Y acabado el espectáculo vaquero, los guajes a la escuela, los mozos al trabajo, las dueñas a hacer queso y cada vaca a su placentera tarea pacerera. Y a menudo se dio el caso de que las habitualmente más mansas y nobles, cual la Rebeca, vencieran a las Pinadas más fieras y traidoras. Aunque también a veces ocurriera, como en los días menguados de hoy y siempre, que en vez de vacas parecían asnos de esa sibilante aznar familia que en lugar de luchar de frente a campo abierto y entre robles, lo hace a saltos y a mordiscos entre helechos y entre arbustos (arbusto=bush) que la mentira enmascaran y la verdad ocultan.

En fin, la Matalacortina era uno de esos lugares sagrados, uno de los pocos sitios a donde de motu propio los chavales íbamos después del rosario del domingo o incluso después de la escuela y antes de encerrar las beceras, simplemente a divertirnos, por supuesto, cogiendo cilingreñas o dientes de ajo, jugando a tres navíos, incluso soñando con imposibles Evas o practicando la lucha leonesa que era otra forma como la de las vacas de con buenas mañas evitar la guerra entre nosotros. No es extraño que en tal vergel de matas, de robles y de hayas, de patas de ajo y de cebollíferas cilingreñas, de prisioneros toros y de liberadas vacas, nuestro ingenio acuñara los primeros chistes “matalacortinescos” (es decir, verdes en su doble acepción ecológica y sensual) que recuerdo: “anda monín, dile a la mata lo que yo al roble: róble-me ...” y estacazo del listillo que preguntaba al incauto que respondía; o aquel otro de “anda monina, dile al ajo lo que yo a la cilingreña, digo, a la cebolla: cebolla-derme ...” y batacazo de la incauta que respondía al listillo que preguntaba; o ya por fin aquel de: “dile a la vaca lo que yo al toro: toro-gando pa mí ...” y a zurriagazo limpio entre incauto y listillo. De todo lo cual se infiere que gracias a la Matalacortina, a su magia, a sus beceras, a sus espectáculos, a sus cilingreñas y a sus zurriagazos, la gente de Las Salas vivía en paz, sin guerra y en continua comunicación unos con otros. No es pues extraño que, perdidas esas tradiciones mágicas de la Matalacortina, la gente se haya erigido en pie de guerra en bandos

irreconciliables, enfrascados en absurdas envidias y codicias, probablemente por hambruna de cilingreñas.

Ante situación tan triste, no nos vendría mal buscar remedio, tal vez en el complejo sistema judicial y penitenciario de aquellos chavalines de antaño. Ya sabemos que el gobierno de la guajería era esencialmente jerárquico, o mejor dicho vetustocrático, de forma que a más edad más responsabilidad y mando, aunque no faltaban excepciones de acuerdo con cuestiones de personalidad, de origen, o de meras culturales adaptaciones. En general, el jefe o jefes de más graduación o incluso el Consejo de “Los Mayores” decidían con asombrosa rapidez la culpa y castigo de los reos, normalmente del grupo de “Los Pequeños”. Aunque existían innumerables culpas, a menudo harto insoslayables cual edad, tamaño o simpatía, había una falta especialmente nociva: la del “acusita”, dado que de ello podían caer sobre los individuos del grupo infantil una variedad de castigos propiciados por agentes externos a la guajería: un torniscón con retranquillo de tu hermana, una noche sin cenar impuesta por tu padre, un varduscazo propinado por el maestro, un encierro en la iglesia decretado por el cura. De acuerdo a la gravedad del castigo causado por el acusita, se imponían dos tipos de penas, o bien físicas o psicológicas. Dentro del primer grupo había diversos grados que iban progresivamente en aumento del tortazo al torniscón, del castañazo al guantazo, del puñetazo al zurriagazo, y ello teniendo en cuenta únicamente las propiciadas con las extremidades superiores. Siendo el tema de este ensayo el Edén y no el infierno, no estimamos conveniente detallar la gran variedad de penas donadas con otras partes del cuerpo, pero se hace imprescindible explicar por su interés una pena singular de carácter más bien social, puesto que, mientras las otras sanciones eran aplicadas por individuos, ésta lo era por la colectividad, lo cual propugnaba ese espíritu de comunidad que hoy tanto echamos en falta. Me estoy refiriendo a aquella temida sentencia del “vamos a contarte los perrines.” Mas tal punición tenía la ventaja de su gran variedad tanto en intensidad cuanto en duración, pues podían contarse o por separado o en conjunto los perros de La Ropería, los de Allálante, los del Pueblo y los de Allábajo. Ya se entiende que la cuenta se acompañaba de un tirón del central apéndice del chaval, de acuerdo con el tono, cadencia y potencia del ladrido particular de cada can. También, de acuerdo a la gravedad de la ofensa, el perro podía proferir uno, dos o tres ladridos. De tal forma, que si la culpa era levísima sólo ladraba el perrín de la Ropería, que no recuerdo bien si era de Nisio, de Ismael o de Miros. En las culpas más graves la jauría se desataba hasta llegar a aquel enorme mastín del comercio de Allábajo de doloroso y ensordecedor ladrido. No es extraño que más de uno tratara de envenenar a aquel perrazo sin que el pobre supiera qué había hecho para merecer tal odio. Contaban nuestros mayores que hubo un caso de gravedad tan supina que le contaron los perrines a ladrido triple no ya de todo Las Salas sino del ayuntamiento al completo, y además era época de merinas con muchos y grandes mastines en los puertos. Ni que decir tiene que había gran variedad de ladridos: ladridos suaves y roncos, ladridos agudos y graves, ladridos prolongados y secos, ladridos entrecortados y sostenidos, y desde aparentes suspiros hasta verdaderos aullidos, que a menudo se confundían con los del contrito reo afligido. Aunque hoy día lo de contar los perrines puede parecernos un método ligeramente irreflexivo, tenía una ventaja que ya la quisieran nuestros legisladores más precavidos: el índice de reinserción era casi pleno, nadie caía otra vez en la misma falta, aunque los hubo incomprensiblemente reincidentes por ofensas de distinta naturaleza. Es más, parece que el hecho de que las chicas fueran mucho más acusitas que los chicos tiene relación directa con la ausencia en ellas del apéndice de la cuenta.

Sin embargo, el castigo psicológico era el más duro. En este punto he a ser más escueto a causa de las secuelas que en mí ha dejado. Ya sabes, por lo de no mencionar la sogá en casa

del ahorcado. Estamos hablando del suplicio de exclusión del grupo, del destierro. Tan duro se nos hacía, que lo nombrábamos mediante metáforas y subterfugios, que iban desde el “no te ajunto” al “tú a mear con las gallinas.” También en esta categoría de penas psicológicas había un caso particular especialmente cruel, en relación precisamente con la Matalacortina, puesto que, como ya habréis intuido, aquel lugar por ser sagrado era sitio colectivo. La iglesia o el cementerio, si los visitamos solos asustan, si en comunidad reconfortan. De igual forma, la Matalacortina si en soledad la visitas te intimida, te horroriza. Y de ahí lo terrible de esa cruel sentencia a que aludimos: “tú, a escarbar cilingreñas.” ¡Qué tan terrible destino! Allí, tú solito, ante la verde diosa desnuda con un palito insignificante y una o dos piedrecitas como guevines de jilguero tratando de escarbar la tierra. Y si en vez de una cilingreña ¿le aciertas a Gea o a la ninfa en su mismísimo ojo o en cualquier otro hueco sensible? Nada, que te puede tragar la tierra, así sin más, y sin testigos, o a saber qué otras diabluras con armas tan endebles podrá hacerte esa hija del sol y de la luna. El hecho es que ante tamaño castigo, la reinserción era total, no sólo ya de los guajes sino hasta de las guajas.

¿No sería, pues, conveniente que los mandamases de la Asociación del Escubiello tomaran en sus manos la reinstauración de aquel sabio sistema judicial chavaleril en aras de la paz entre los vecinos e incluso entre los veraneantes de nuestro pueblo?

No estaría, pues, de más tampoco, Señor Administrador, que le re-enviaras esa tu preciosa carta a Jorge Bush, añadiéndole una simple posdata: “Oye, Jorge, vente a la Mata la Cortina a escarbar cilingreñas y ya verás qué pronto se te olvida lo del petróleo, lo de la guerra y lo de Husein, pues en lugar del primero te ofrecemos dos bares que calmarán diariamente tu insaciable sed, en sustitución de la segunda tenemos unas peleas de vacas y de vecinos que ni te cuento, y para olvidar al Husein de tus pecados te presentaremos a nuestro propio Josín, que no sólo acompañarte puede a saborear cilingreñas, a empizcarte con las vacas y a mostrarte los bares y las fiestas de todo nuestro contorno sino que es tan pacifista que no mataría ni a una mosca perrera, es decir, ni a tu papá. ¡GUERRA NO! Como no nos hagas caso, ¡te contamos los perrines! O ¡te echamos a escarbar cilingreñas a ti solito, sin la ayuda de tu hermano ni de ese presidente español que Jeb cree republicano.”